



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11 318

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIRENÉS 28 DE JULIO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO DEL DOCTOR LEOPOLDO CÁNDIDO

Consultorio Médico.—Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas, Sueros, y Jugos orgánicos.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se exponen por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Depósito de los renombrados vinos con jugos hepático y orquídeo

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

TENEMOS JUICIO

Los rumores de que nos ocupamos ayer en nuestro artículo de fondo se van confirmando. Las noticias que llegan de Madrid dicen que el ministro de Marina se ocupó en el último Consejo de la disminución de obreros en los arsenales de la Nación.

Ya no hay duda; sobre la maestranza de dichos establecimientos se cierne una amenaza. Sobre la de Ferrol ha caído ya en forma de despido aunque no ha sido cumplimentada aun; sobre las de la Carraca y Cartagena no tardará en caer, si es que ya no ha caído aunque no se ha hecho pública.

La situación es grave, el momento angustioso; pero en tales situaciones y momentos es cuando más se necesita de la serenidad y haciendo acopio de ésta, tal vez se encuentre la necesaria fórmula, no ya para poner término al conflicto, sino para que ni aun asome la cabeza.

Vamos por partes:

La maestranza de un arsenal no se inventa cuando se necesita. No es un conjunto de braceros que lo mismo trabajan en una carretera que en el acopio de materiales para una obra. Si se paralizaran las

obras del puerto ó se suspendieran las de fortificación que realiza el ramo de Guerra y los obreros se diseminaran, no habría inconveniente en reanudarlas en cualquier momento con otro personal; mientras hubiera braceros y albañiles, no encontrarían obstáculos en su desarrollo y las obras se realizarían sin retrasos y sin inconvenientes. Al fin y al cabo, entre la construcción de una pared y una muralla no hay otra diferencia que el material y las dimensiones: el trabajo es el mismo.

En los arsenales es otra cosa. La gente que trabaja en los buques no se improvisa y el personal no puede renovarse sin que el trabajo sufra demérito.

Para que el obrero de la maestranza trabaje necesita el concurso del bracero, porque de lo contrario, sobre resultar el trabajo carísimo, no podría el primero producir todo el efecto útil que se le puede y debe exigir.

Esto sentado como va á procederse al despido? Conservando los obreros inteligentes y eliminando á los brauceros? Eso sería irracional. ¿Despidiendo á los primeros y conservando los últimos? Sería eso irracional también. En el arsenal se necesitan obreros que fundan y forjen, que torneen y taladren,

que ajusten y remachen, que fabriquen granadas y máquinas, y obreros que ayuden á sostener las piezas y las lleven á donde sea preciso; y no se puede prescindir de unos ni de otros; porque se complementan para hacer rápida y perfecta la labor.

Demostrado que no puede hacerse el despido en montón, lo mejor sería buscar la fórmula que lo hiciera innecesario.

No hay que exprimir el pensamiento para encontrarla; los ferrolanos nos la dan hecha y á poco que haya en los que dirigen y en los dirigidos una poca de buena voluntad, el conflicto pendiente será solucionado sin daño grave.

Un telegrama de «El Imparcial» dice que la maestranza del arsenal gallego cedería gustosa al Tesoro un día de trabajo en la semana.

Eso no es nuevo pero es generoso. Hubo un tiempo que por mala situación del Tesoro hubo necesidad de aclarar los talleres. La gente tenía entonces mejor corazón. ¡Como que aun vivía Don Quijote y no había impuesto su criterio el grosero Sancho! Y llegado el momento de la despedida, no se despidió á nadie, porque cada uno cedió una parte de su haber en beneficio de todos los demás.

¿Por qué no se hace lo mismo ahora? ¿Qué importa que las economías se hagan de ésta ó la otra manera si al fin se hacen?

Empujar hacia la miseria á quinientas familias es un horror. Sacrificar algo de lo superfluo y aun algo necesario en bien de tantos infelices amenazados de quedarse sin pan es obra meritisima á los ojos de Dios y de los hombres.

Seguramente la maestranza de este arsenal piensa como nosotros. No habrá un individuo de ella que en los momentos presentes se considere seguro en su puesto y todos y cada uno de ellos comprarían la seguridad de no ser despedidos.

La fórmula no es nueva pero tampoco es mala. Que se acepte y verán los que actúan de Sanchos, que saben callar los egoísmos locales cuando no se les priva del derecho á la vida.

Se piden en Marina sacrificios porque hay que hacer economías.

Háganse en beneficio de la Nación, dejando al arsenal en condiciones de realizar trabajos.

La infantería de Marina ya fué sacrificada.

A la maestranza le toca ahora.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Los últimos despachos de Londres dicen que se cotizan á buenos precios los melones españoles.»

Es extraño porque el género abunda. Algunos son de calidad tan mala, que se pueden dar gratis, ofreciendo dinero encima.

En los bancos de la política se cultivan muy bien.

Dice un colega:

«El Gobierno este, cosa rara, tiene un plan.»

Lo tenía, colega, lo tenía; pero entre todos se lo han desbaratado y no tiene ninguno.

Y lo peor es que cuando llegue Octubre no lo tendrá tampoco.

Como nos vamos ahora de verano no hay tiempo de fraguarlo.

Dice El Globo:

«Los diputados aprovecharán el verano en estudiar la obra financiera con afán, puesto que se ha creado con ella un estado parlamentario y una situación política que dan mucho en que pensar.»

Pero ¿habla usted en serio compañero?

¡Trabajar con tanto sol!

En verano es muy insano.

Y trabajar en verano,

colega, es antiespañol.

La conciencia me recuerda

solamente de pensar

que no se puedan bañar

Villavieja y Polaverde.

Vayan benditos de Dios y sumérjanse en el mar, que aquí podemos pasar sin ninguno de los dos.

TRAPOS Y MOÑOS

Los trajes de baños es actualmente una de las cosas que preocupan á las damas que desean parecer siempre bellas, cosa un poco difícil á la salida del baño; por esta razón las capas son cada día mas lujosas y se hacen en ricas telas listadas de rojo y blanco, y de azul y blanco.

Usanse tambien amplios peinadores de muletón ó de tejido esponjoso, á modo de ancho pardo ú holgada pelerina. Las mangas muy amplias, se doblan formando cartera de tejido esponja blanco.

Una cenefa de tejido encarnado orla el borde de la cartera, forma estola á lo largo de la capa y rodea un capuchón guarneciéndolo el cuello.

Gorrita de soda cauchú, forma normanda, con graciosos «choux» de tren, en las encarnadas.

Otro peinador, lindísimo, es de tejido esponja blanco.

Un cuello delantero, guarnece los hombros y desciende hasta la cintura.

En el borde, tres líneas de galones encarnados siguen los dientes y se prolongan en derredor del abrigo.

Mangas anchas, sin sodo, con carteras denteladas.

Mas elegante aún es otro peinador muy amplio, de tejido esponja blanco, moteado de azul, con gran cuello cuadrado de tejido blanco orlado de galon azul.

Cierre delantero por tres orejetas blancas y botones de naocar.

Mangas anchas, con carteras blancas de forma redondeada guarnecidas de galoncitos azules.

Las telas que deben elegirse para trajes de baño son las oscuras; las claras son de mal gusto y de uso molesto.

Lo mas conveniente es la jerga negra de buena calidad, que no pierda.

La jerga azul marino es mas linda y elegante, pero se destiñe y mancha los galones claros que guarnecen el traje lo cual es de lamentable efecto.

El traje de baños de mar para niño

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 470

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 471

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 474

de Castr. viejo, por la cual fui yo, y que sirvió para con el rey como una prueba indudable de que Azucena era hija del señor rey don Carlos II.

—¡Mientes! exclamó pálida de espanto la princesa: tú no tienes esas pruebas: tú solo me dices eso para aterrarme, para arrastrarme contigo.

—¿Que no? ¿que no tengo esas pruebas? Miralas, dijo Bizarro.

Y se echó inano á un bolsillo interior de su colete de gámuza.

—¡Ah! no tengo aquí mi cartera: la he estado arreglando, poniendo en ellas tus cartas junto al testimonio del escribano de Pozofrío, porque preveía que necesitaría de esas pruebas y las había preparado: he dejado mi cartera sobre mi mesa; voy, voy por ella.

—Lo creo, lo creo, exclamó la princesa al ver el semblante de Bizarro lleno de energía y de verdad.

—No basta que lo creas; quiero que lo veas: voy voy por mi cartera.

Y se dirigió á la puerta secreta; la abrió, y desapareció por ella.

La princesa esperó cinco, diez, quince minutos.

Bizarro no volvía.

Esperó en vano, y al fin exclamó:

—¡Oh, gracias, Dios mío; no tiene esas pruebas;

este es un artificio de que se vale para dominarme, atorrándome con una duda terrible: no, no tiene esas pruebas.

III

En efecto, la princesa tenía razón: Bizarro no tenía aquellas pruebas; pero esto quería decir que no las hubiese tenido.

Todo consistía en que aquellas pruebas habían pasado á manos de otro.

y entró en la galería de los Infantes, en la que se detuvo un momento para orientarse.

Al mirar á su izquierda, vió sobre una puerta un número 7, y al lado de ella, con letras pintadas en un tarjetón de madera, este rótulo:

«Cuarto de la señora doña María de Ayala, dama de honor de su majestad la reina.»

II

Santivañez volvió el rostro al lugar por donde había venido, por ver si le seguían.

Nada se escuchaba.

Examinó la larga galería de los Infantes, y vió que no había en ella ninguna otra persona.

Abrió entonces la mampara, entró, cerró, y llamó. Apareció María, la misma doncella que hemos visto antes, y que reconoció al momento á Santivañez, á quien, como sabemos, había cobrado buena voluntad.

—¿Está vuestra señora? le preguntó.

—El señor que está, dijo María, sonriendo maliciosamente; y por cierto de muy mal humor.

—Decidla que necesito verle con urgencia.

—Venid, venid conmigo, caballero, dijo María;